

El debate científico y literario en torno de *Irresponsable* de Manuel T. Podestá

Graciela Nélide Salto

Instituto de Análisis Semiótico del Discurso
Universidad Nacional de La Pampa – CONICET

Resumen

La publicación en 1889 de *Irresponsable*, la primera novela del médico Manuel T. Podestá, provocó en los diarios *La Nación* y *La Prensa* un intenso debate, no sobre los valores estéticos de la novela, sino sobre la tesis científica que sostenía la configuración del protagonista, el llamado “hombre de los imanes”. En este debate, sobresalió el contrapunto epistolar entre un conocido jurista de la elite local, Norberto Piñero, y el autor de la novela, un miembro prominente de la elite italiana en la ciudad de Buenos Aires.

A partir de las disidencias en torno de la teoría de la degeneración congénita, registradas entre los grupos francés e italiano en el Segundo Congreso de Antropología Criminal realizado en París tan sólo unos meses antes de este debate, Piñero y Podestá discuten la verosimilitud clínica y jurídica del “hombre de los imanes”. Esta discusión permite observar a su vez las diferencias étnicas, sociales e ideológicas inherentes al grupo de escritores considerados los *gentlemen* argentinos.

Desde los primeros comentarios publicados en la prensa hasta las perspectivas producidas en los últimos años, la crítica observó en las dos últimas décadas del siglo diecinueve la “relación armónica y convergente de temas y valores que se establece entre el ensayo «científico» y la ficción narrativa” (Vezzetti 1989: 551). La publicación de algunas obras de este período generaba además una discusión, reproducida en los

periódicos de mayor tirada de la ciudad de Buenos Aires, sobre las ideas científicas ficcionalizadas en cada una de ellas. Si bien algunas críticas abordaban aspectos del estilo literario, la mayoría centraba su argumentación en el análisis de las tesis científicas o en la discusión de los saberes que permitían explicar la personalidad y/o la conducta de los personajes. Estos comentarios provocaban, a su vez, extensos debates protagonizados por los autores médicos o juristas entre sí y, también, por algunas otras figuras del incipiente espacio intelectual configurado en torno de los centros de interés científico y cultural de la época¹. La extensión, la persistencia y el carácter polémico de estos debates me han llevado a observar, por una parte, la múltiple imbricación literaria de saberes, que todavía no habían alcanzado el grado de formalización necesaria para ser considerados científicos -como en este caso, la antropología criminal italiana-, y las controversias científicas y literarias suscitadas a partir de su ficcionalización, que, la mayor parte de las veces, fue anterior o paralela a su presentación en instituciones, formaciones y centros de divulgación científica y operó como una estrategia de interacción cultural entre grupos étnicos y sociales en conflicto. Me limitaré aquí a analizar esta problemática en *Irresponsable* de Manuel T. Podes-tá, como muestra de los problemas que estoy investigando en un corpus mayor².

Los espacios para el debate

La publicación de *Irresponsable*, en 1889, desencadenó en los diarios *La Nación* y *La Prensa* una larga serie de comentarios firmados, en general, por autores de prestigio en el ámbito cultural. Dentro de la serie, y de acuerdo con los hábitos de la época, la modalidad epistolar predomina sobre los

artículos o las reseñas críticas, con la consiguiente puesta en escena de los protagonistas del proceso de recepción del texto: frente al emisor médico Podestá se alinean los destinatarios médicos o legistas, José María Ramos Mejía y Norberto Piñero entre los más renombrados³. A pesar de que cada uno de los comentarios comienza o culmina con un párrafo elogioso sobre los valores estéticos de la novela, el debate se centra, en la mayoría de los casos, en la tesis científica sustentada por el narrador médico. Juan Coustau discute la conformación del personaje a partir de la teoría sobre la influencia del medio ambiente; Eduardo Sáenz, desde la teoría de la herencia; Norberto Piñero, a partir de la psicología experimental; y el autor, defiende los últimos avances en el estudio del cerebro. Se hace evidente entonces que los primeros destinatarios de la novela no consideraron al *hombre de los imanes* como un personaje de ficción y lo estudiaron, en cambio, como un caso clínico descripto, no por el narrador, sino por el médico Podestá.

El ámbito de las ciencias médicas, la Facultad de Medicina especialmente, fue propuesto como el espacio del enunciado y desde allí se sustentaba y se atacaba la tesis de la novela, soslayando las características literarias de la enunciación. La carta de José María Ramos Mejía, por ejemplo, propone la Facultad de Medicina como referente espacial del relato y, al recordar sus predicciones sobre las aptitudes novelísticas del entonces estudiante de medicina, continúa el núcleo “obra de un médico literato”, originado en la primera reseña anónima reproducida en *La Nación*:

Este libro tiene para mí un doble atractivo: ser muy bueno, ante todo, y ratificar elocuentemente un pronóstico que hice hace diez o doce años en las aulas de la facultad de medicina (...) Este pronóstico era que U. iría lejos con su pluma original y analítica. (*La Nación*, 31 de enero de 1890)

De hecho, Podestá no sólo había sido compañero de estudios de Ramos Mejía sino que también se había desempeñado, en 1880, como profesor sustituto de la cátedra de “Patología Interna, Enfermedades mentales y de niños”. La Facultad de Medicina era, entonces, uno de sus ámbitos de trabajo profesional y el prestigioso claustro de profesores de esa institución, uno de sus grupos de referencia. Sin embargo, su práctica médica y escrituraria deja entrever en Podestá ciertas diferencias ideológicas respecto del grupo médico de origen patricio que ocupaba la mayor parte de los cargos docentes de la Facultad. Parecería que, más allá de las fluidas relaciones que mantenía con los miembros de la elite local, una compleja trama de seducción y de conflictos lo alejaba de las posiciones más relevantes en el campo médico.

Podestá pertenecía, según testimonian los documentos de la época, a una de las familias principales de la elite italiana. Su padre era un genovés que había llegado al país con ciertos recursos económicos y había alcanzado prestigio y dinero en la comunidad italiana de la Argentina. El negocio del estanco y la inversión inmobiliaria habían potenciado la economía familiar y su participación en el grupo dirigente de la colectividad⁴. El nombre de don Giovanni Podestá figura, en 1861, en el acta de fundación de la Sociedad *Nazionale Italiana*; en la colocación de la piedra fundamental del Hospital Italiano “-un grosso blocco di granito rosso” donado por el mismo Podestá; y en el *Comitato Onorario* de la *Prima Esposizione Italiana* inaugurada por el presidente Roca el 20 de marzo de 1881 (Blasi 1976: 69-70)⁵. Es decir, en cada una de las instancias en las que debieron reunirse “le persone più influenti della Colonia” (Zuccarini 1910: 403), el padre de Podestá estuvo allí. No sorprende, en consecuencia, que Manuel Podestá haya

contado con el estímulo y con los recursos necesarios para estudiar en el Colegio Nacional y en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, donde conoció y fue compañero de muchos de los más ilustres *gentlemen* argentinos. Todavía estudiaba Cané cuando ingresó al Colegio Nacional e hizo la carrera de medicina acompañado, entre otros, por Holmberg, Luis Güemes y Ramos Mejía⁶, miembros todos de las familias que habían participado en las luchas por la independencia y que, en su mayoría, habían permanecido proscriptas durante el período rosista. Junto a ellos, Podestá comienza un derrotero de encuentros sociales y desencuentros discursivos que pone en evidencia la compleja y heterogénea configuración étnica, social e intelectual del grupo dirigente. Hilda Sabato y Ema Cibotti han analizado, en los últimos años, la interacción en la esfera pública porteña de la elite italiana, también llamada “colonial”, junto con la elite local. “Con estilos diferentes, -señalaron- las facciones de esa dirigencia establecieron complejas relaciones con distintos sectores del poder político local, vínculos cambiantes, las más de las veces muy sensibles a las coyunturas nacional e internacional.” (1990: 23). La figura de Podestá parece formar parte de esta trama de relaciones étnicas, políticas y culturales. En cuanto hijo de uno de los hombres dilectos de la colonia italiana, trabajó activamente en pro de la comunidad de origen; pero, como médico egresado de la universidad argentina, participó también en muchas de las actividades profesionales y sociales de los jóvenes patricios, a pesar de que uno de sus más conspicuos integrantes diga recordar, apenas, algunos encuentros casuales con él⁷.

Sus prácticas médicas las realizó en el viejo Hospital General de Hombres, demolido cuatro años después de que él se recibió, y apenas egresado, comenzó a trabajar en el Hospi-

tal Italiano fundado, entre otros, por su padre. Desde allí desarrolló una intensa tarea de divulgación de nociones de higiene y sanidad pública, tendientes a mejorar la situación social de los italianos residentes en la ciudad de Buenos Aires, que matiza peculiarmente su figura de médico escritor⁸. Creía entonces que:

La responsabilidad del individuo está en armonía con su grado de cultura.

Arrojar al hombre la mayor suma de beneficios, arrancándole de una situación miserable para incorporarle a las filas del trabajo, es transformarlo en un ser, capaz de corresponder dignamente a las necesidades de la comunidad. Darle espacio suficiente, aire puro, alimentos sanos, vincularlo, en una palabra, a una existencia menos penosa y menos amenazada por las enfermedades y por los vicios.

Tanto al higienista, como al filósofo, le corresponde la intervención directa en estas cuestiones, de suma trascendencia para cambiar la faz de esas pequeñas sociedades donde la anarquía de las costumbres hace que se pervierta la moral del individuo por la degradación física.” (Podestá 1878: 36. El énfasis es mío).

El mejoramiento de las condiciones materiales de la vida cotidiana de los inmigrantes -vivienda, aire, alimentación, trabajo- está en el centro del pensamiento higienista de Podestá, pues cree que lo material incide sobre lo moral y lo moral, a su vez, determina lo orgánico. Esta triple implicación, y los postulados que en ella se entrecruzan, articulan su práctica médica y escrituraria y señalan sus similitudes y diferencias respecto de los otros médicos y funcionarios sanitarios del período. Mientras que el énfasis sobre la necesidad de reforma de las condiciones materiales que rodean la vida de los pobres lo acerca, por ejemplo, a las ideas precursoras de Guillermo

Rawson, la consideración del poder determinante de lo material sobre lo moral lo distancia, en cambio, de las opiniones de sus compañeros de estudio. Quizá las huellas más significativas de la relación ambivalente de Podestá con el grupo de intelectuales, nucleados en torno de los espacios de poder, se hallen en la carta a Emilio Coni, incorporada con el título de “Reminiscencias” como prólogo al volumen *Niños. Estudio médico social*, editado por la imprenta de *La Patria Italiana* en 1888, y en el debate que mantuvo con Norberto Piñero, entre el 25 de febrero y el 16 de marzo de 1890, en el diario *La Nación*. La carta destinada a Coni, en la cual Podestá opone paródicamente un estudio anterior del higienista centrado en la estadística -*Mortalidad y morbilidad infantil*- a este libro suyo, escrito “para las gentes”, ha sido objeto de un artículo anterior⁹. Me centraré aquí, en cambio, en el debate registrado en *La Nación* entre Piñero y Podestá, en la medida en que este contrapunto aparece como una muestra evidente de las tensiones no literarias generadas por la publicación de ciertos textos que, según el mismo Piñero, debían de ser considerados “trabajos literarios”, a pesar de su dudosa clasificación genérica.

Una guerra... de ideas

Entre el 10 y el 24 de marzo de 1889, *La Tribuna Nacional* -el diario de Mariano de Vedia- había publicado, en su folletín, tres capítulos de *Irresponsable*. A fines del mismo año, apareció el libro completo con pie de imprenta, también, de *La Tribuna Nacional*. Desde las aulas del colegio hasta el manicomio del último capítulo, el libro narra las vicisitudes del *hombre de los imanes*, un “ser transformado, sucesivamente por la neurosis, por el alcohol, por la mancha hereditaria, que fue agrandándose con los años, hasta eclipsar su persona-

lidad” (Podestá 1889: 214). Un examen de física en el legendario colegio de la elite porteña, el anfiteatro del viejo hospital de hombres, la “suntuosa casa” de un profesional exitoso, un comité partidario, el depósito de una comisaría y, finalmente, un manicomio, son los escenarios elegidos para la observación y el análisis de este caso ficcional presentado como un caso clínico -“una secreción cerebral patológica”-, y también un caso jurídico: un *irresponsable*. Entre uno y otro espacio, la trama articula en varias escenas, con escasa conexión narrativa entre sí, diferentes momentos de la vida del *hombre de los imanes*.

Entre el 25 de febrero y el 16 de marzo del año siguiente, Norberto Piñero publicó en *La Nación* las dos cartas ya citadas con la intención manifiesta de discutir la configuración científica de este personaje. Entre una y otra carta, el mismo diario publicó también una extensa réplica de Podestá que apareció el 8 de marzo de 1890. En la primera de las cartas, Piñero advierte dos propósitos en la escritura de *Irresponsable*: uno ejemplar y otro costumbrista. Este último, dice, prima sobre el primero: “las descripciones de lugares, prácticas electorales, procedimientos en las comisarías, etc., etc., (...) han sido ejecutadas vigorosamente y con una clara percepción de la realidad”. El primer propósito, en cambio, ha fallado, pues, aunque el *hombre de los imanes* pueda ser un personaje “literariamente verosímil, es un tipo único, singularísimo, una creación de la que sólo existe ese ejemplar”, por lo tanto no puede ser considerado ejemplo de teoría científica alguna. En opinión de Piñero, Podestá ha querido “demostrar con su ejemplo cómo, entre los dos grandes elementos, la constitución orgánica y psíquica hereditariamente adquirida y el ambiente social y físico que determina las resoluciones indivi-

duales, la actividad, la acción y la manera general de ser de un sujeto, el primero ejerce mayor influjo, predomina sobre el segundo.” Pero ni la teoría de la herencia ni los postulados de la degeneración congénita podrían justificar -en su opinión- los actos psíquicos de este personaje literario, propuesto como ejemplo de determinación hereditaria. Ni “el germen del alcoholismo en la sangre” ni un carácter “nativamente malo” alcanzan para ubicar al personaje en el grupo de los irrecuperables y, por esta razón, Piñero concluye que “el *hombre de los imanes* es imposible” desde el punto de vista psicológico. En sus argumentos lógicos y discursivos resuena la disputa que había enfrentado sólo unos meses antes, en el Segundo Congreso de Antropología Criminal realizado en París en 1889, a la delegación francesa con la italiana sobre una cuestión de larga data: la teoría sobre la degeneración hereditaria.

Desde hacía varias décadas, la herencia se había transformado en una temática dominante que, desde la biología, atravesaba el discurso social. La relación entre alcoholismo, herencia y degeneración, difundida a través de numerosos tratados médicos y no menos exitosas ficciones literarias¹⁰, había contribuido a ampliar el campo de intervención médica desde la clínica hacia prácticas de prevención higiénica y mejoramiento social para el tratamiento de los sujetos *irresponsables*. Proyectos tan disímiles como la historia de Francia de Hippolyte Taine, el ciclo de los Rougon-Macquart de Émile Zola o la psicología de las multitudes de Le Bon, compartían una común matriz hereditaria y degeneracionista. En Francia, sin embargo, donde las ideas darwinistas no habían sido recibidas con el mismo entusiasmo que en el resto de Europa, la teoría lamarckiana de la preeminencia del medio parecía prevalecer. En Italia, por el contrario, la llamada antropología criminal ha-

bía enfatizado los alcances programáticos de las ideas darwinistas sobre la clasificación de las especies para el análisis de la degeneración y Cesare Lombroso había publicado, en 1876, su famoso *L'uomo delinquente studiato in rapporto alla antropologia, alla medicina legale et alle discipline carcerarie* - un “libro de mano cuya importancia somos los primeros en aplaudir”, diría Podestá¹¹-. El atavismo lombrosiano, con su atractiva galería de imágenes de rasgos criminales, acentuaba la determinación orgánica en la configuración hereditaria y desestimaba, en cambio, la importancia del medio en la regeneración de los individuos. Sus planteos iniciales, diversificados y enriquecidos por Raphael Garofalo, Enrico Ferri y Scipio Sighele, entre otros colaboradores y discípulos, se difundían, desde 1880, a través de los *Archivio di psichiatria, antropologia criminales e scienza penales*, antecedente ineludible de los *Archivos de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal* que, en Buenos Aires, dirigiría Ingenieros entre 1902 y 1913 y en cuyo Comité de Redacción figuraría también Podestá.

La difusión en el Río de la Plata de este debate originado en Europa, entre franceses e italianos, había provocado tantas adhesiones enfáticas como escépticas disensiones. En el Primer Congreso de Antropología Criminal, realizado en Roma en 1885, los delegados franceses ya habían confrontado abiertamente la doctrina lombrosiana del atavismo, que preveía la regresión hacia estados de evolución más primitivos, sin dejar de reconocer, sin embargo, los aportes decisivos de Lombroso al avance de la antropología criminal. Habían propuesto, sin embargo, desplazar el centro de atención desde lo orgánico hacia la influencia del medio en la configuración del criminal. En el Segundo Congreso, el realizado en París, las diferencias se acentuaron y la polémica contribuyó a desplazar

a Lombroso, y sus seguidores más directos, del centro de decisiones sobre políticas penales y penitenciarias¹².

La disputa entre ambas posiciones puede leerse en los comentarios que siguieron en Buenos Aires a la publicación del libro de Podestá. La carta de Eduardo Sáenz, por ejemplo, pone en evidencia la trama de seducción “moderna”, pero también de sospecha, que rodeaba, hacia 1890, los postulados atávicos de la escuela italiana:

... la teoría que entraña su héroe [se refiere al *hombre de los imanes*] presupone una filosofía fatalista que no sé hasta qué punto se hallará sostenida por la ciencia contemporánea. Desde luego es moderna y se hace accesible a la razón por su consonancia con los principios más adelantados; pero la última verdad todavía no se ha pronunciado, y los sabios tendrán mucho que pensar y que decirnos antes [de] que podamos fundar nuestra escuela literaria sobre bases tan inseguras como las que hoy día nos ofrecen. (*La Prensa*, 1 de febrero de 1890)

En la carta de Juan Coustau, publicada el mismo día que la anterior pero en *La Nación*, la prudencia de Sáenz es reemplazada ya por el rechazo directo de los postulados de la antropología criminal:

...no soy partidario de las doctrinas antropológico-sociales que allí [en *Irresponsable*] se desarrollan, y que vulgarizadores mediocres han querido en nuestros tiempos llevar a la categoría de verdades inconclusas, llamándolas la última expresión de la ciencia. (*La Nación*, 1 de febrero de 1890)

Finalmente, en las cartas de Piñero y Podestá, las posturas que los dos grupos habían sostenido en el reciente con-

greso de París, son defendidas y atacadas por cada uno de los contendientes¹³. Si bien el primer comentario crítico de Piñero abundaba en acotaciones sobre los aspectos literarios de la novela, la segunda parte de la carta se centra en la discusión de la tesis que sostendría lógicamente la figura del protagonista. El jurista muestra allí su predilección por la orientación francesa de la teoría degeneracionista. El medio, según Piñero, habría influido más que los factores hereditarios en la configuración de este individuo de ficción. De acuerdo con las discusiones sobre la tesis lombrosiana que se habían producido en el Congreso, Piñero exalta la función del medio en la configuración del criminal y, en consecuencia, la posibilidad de su regeneración a través del sistema penal:

Hace Ud. una excursión a la antropología criminal y recuerda varios datos y algunos rasgos anatómicos atribuidos a los delincuentes por Marro, Lombroso y otros.

Soy el primero en reconocer la importancia de las investigaciones de esos sabios, los descubrimientos con que han enriquecido la ciencia y el gran valor de sus doctrinas; pero le observo que el señalamiento anatómico de los delincuentes es la parte menos comprobada y más discutida de sus teorías. (...)

En el reciente congreso de antropología criminal celebrado en París, los caracteres somáticos que Lombroso y otros asignan a los criminales han sido objeto de vivas controversias.

Recuerda, entonces, la ya famosa frase de Alexandre Lacassagne, el líder de la delegación francesa en el Primer Congreso de Roma, que tendría, por cierto, notoria resonancia en el discurso argentino. Apelando a una metáfora de origen pasteuriano, Lacassagne había establecido una “fórmula que -

según Piñero- ha hecho camino y cuya exactitud se impone: «El medio social, ha dicho, es el caldo de cultura [*sic*] de la criminalidad; el microbio -es el criminal- un elemento que no tiene importancia sino cuando encuentra el caldo que le hace fomentar».¹⁴ La metáfora microbiana, que trasladaba el énfasis desde la degeneración nata hacia la influencia del medio en la conformación del criminal, aparecería también en varios textos de la década siguiente a medida que las hipótesis lombrosianas se iban desdibujando tras el auge de los estudios psicológicos.

La réplica de Podestá descarta los comentarios literarios de Piñero y rescata, en cambio, sólo la discusión científica. El *hombre de los imanes* es, dice, “una secreción cerebral patológica”, “un cerebro, nada más que un cerebro que obedece a la repercusión del movimiento que tiene lugar en la intimidad de sus agrupaciones moleculares” y convoca en su aval la anatomía patológica y la escuela criminológica italiana. La primera formaba parte de los avances médicos que más consenso habían alcanzado en la época; la segunda, señalaba, en cambio, un área de conflicto en el seno de la elite médica porteña. Mientras algunos de sus miembros manifestaban -como en tantas otras oportunidades- su preferencia por las teorías surgidas en el campo intelectual francés, Podestá apeló a los postulados de la escuela positivista italiana para la defensa de su personaje.

Varios años después, en 1921, Rodolfo Rivarola describiría la expectativa que estas ideas habían suscitado en el grupo intelectual porteño:

La novedad [la antropología criminal italiana] había movido una legión de adeptos y propagandistas y suscitado gran discusión en todo el mundo. *Era una guerra... de ideas*, de la cual debería con el tiempo fijarse las conse-

cuencias un poco más debajo de cuanto el entusiasmo del momento prometía. *Visto a la distancia resulta aquél uno de los más bellos episodios en la historia intelectual y social de la civilización europea reflejada en América.* (Rivarola 1921: 8. El énfasis es mío)

En esta “guerra... de ideas”, Piñero habría contribuido inicialmente a difundir las ideas de la antropología criminal italiana, pero, al mismo tiempo, habría observado su disidencia respecto de algunas cuestiones. Como puede observarse en su debate con Podestá, a escasos tres años de haberse hecho cargo de la cátedra de Derecho Penal, Piñero ya manifestaba sus diferencias con la ortodoxia de la *Scuola positiva*. Rivarola enfatizará, precisamente, esta apropiación ecléctica de las nuevas “doctrinas”:

Cupo a Piñero el honor y la gloria de poner a su cátedra al corriente de aquella lucha [la de los defensores o detractores de la antropología criminal italiana], e informarla de la nueva doctrina *con la prudencia y serenidad propias de su equilibrado temperamento*. Su programa comprendió las cuestiones entonces planteadas por la nueva escuela, y por la posición intermedia de la llamada *política penal*, que tuvo por órgano a la *Union internationale de droit penal*, fundada por un belga, Adolfo Prins, un alemán, von Liszt y un holandés, van Hamel. (Rivarola 1921: 8. El énfasis es mío)

En respuesta a la carta de Podestá, Piñero publica, una semana después, una segunda y extensa carta en la que abandona los comentarios estilísticos sobre la novela y se centra, por una parte, en la defensa de la teoría de la influencia del medio en la configuración de la *irresponsabilidad*, y, por otra, en la defensa de la psicología experimental. La primera cues-

ción permitía desplazar a los médicos del centro del diagnóstico criminal:

El crimen resulta de la intervención del medio y del elemento vital [predisposición orgánica, fisiológica, anomalía psíquica]. Ambos son indispensables. El uno sin el otro nada vale. El medio representa el papel más importante. *Por eso la explicación del crimen es principalmente sociológica y secundariamente biológica.* (Piñero, 16 de marzo de 1890)

La otra cuestión -la defensa de la psicología- ponía en escena un foco de conflicto de no menor importancia. “El valor de los rasgos y estigmas anatómicos -dice- es muy secundario, al lado de los caracteres psicológicos, para la determinación de los tipos y de las categorías de los criminales. En estos caracteres se fundan las clasificaciones más recomendables.” No sólo es discutible, para Piñero, el valor de la herencia biológica en la configuración de la irresponsabilidad sino que -desde una posición psicologista que anticipa las discusiones generadas, unos años después, a partir de la enseñanza de la psicología experimental- discute también la pertinencia de los rasgos o estigmas anatómicos¹⁵. En opinión de Podestá, en cambio, los principios psicológicos propuestos por Piñero carecen de legitimidad científica alguna: “Sospecho que la psicología experimental tendrá que andar mucho tiempo pidiendo prestado sus abstracciones a la metafísica antes de entrar francamente en su propio laboratorio para constituir sus doctrinas depuradas de todo error tradicional o inducción especulativa.” Cree, por el contrario, que la antropología criminal -en la versión de Lombroso y de Garófalo, específicamente- ofrece todo un cuerpo de herramientas conceptuales que podrían articularse provechosamente con las de la fisiología experimental y las de la anatomía patológica.

En este cruzamiento entre biología, psicología y criminalidad que caracterizó la formación del campo médico a fines del siglo diecinueve, no es Norberto Piñero sino Podestá -paradójicamente- uno de los autores que Ingenieros recuerda en su semblanza de los antecedentes de la psicología en la Argentina. Dice “Páginas interesantes [de psicología] se deben al doctor Manuel T. Podestá, alienista distinguido y delicado espíritu literario” (1910: 56). De hecho, como una muestra más de los vaivenes y paradojas de un campo intelectual en proceso de formación, pero también del estatuto científico mismo de ciertas disciplinas, es necesario recordar que, a pesar de su acendrado biologismo inicial, una década después Podestá forma parte junto con Norberto Piñero de los cuarenta socios “no todos psicólogos ni inmortales” -en palabras de Ingenieros- de la Sociedad de Psicología de Buenos Aires, fundada en 1908 (Ingenieros 1916: 71, nota 22).

Finalmente, este debate tenaz y minucioso en torno de las teorías científicas, que explicarían la configuración del *hombre de los imanes*, pone de manifiesto hasta qué punto un personaje de ficción era leído en la época como un caso clínico no ficcional, y cómo la discusión de teorías científicas podía interesar, además, al público de los diarios de mayor circulación. El personaje de ficción no sólo es configurado como un caso clínico o jurídico sino que, además, es leído como tal. Esta lectura es la que produce un sinnúmero de discusiones en torno de la adecuación científica del caso planteado y la representación literaria del mismo, pues se hace patente la contradicción inherente a la tendencia multiplicadora de la ficción frente a la propensión a la unicidad del caso. En la novela, la descripción de múltiples escenas y detalles favorece el *efecto de realidad*, pero es percibida a su vez como una complicación

que distrae de la tesis central. Por esta razón, quizá, en el resto de las reseñas, y en el inicio del comentario de Piñero mismo, el acento está puesto en la aparente dificultad para clasificar el libro en alguno de los géneros literarios conocidos y no en el principal problema de la novela que -según Piñero- era la inadecuación del *caso* a teoría psicológica alguna.

Un libro difícil de clasificar

El 25 de enero de 1890, un breve comentario de *La Nación*, anunciaba la publicación de *Irresponsable*, “novela de que es autor el distinguido médico literato, Dr. Manuel T. Podestá” y la próxima aparición de “un detenido análisis”. Al día siguiente, el diario publica, sin firma, el análisis anunciado:

He aquí un libro difícil de clasificar por su forma. ¿Es una novela psicológica? ¿Es una disertación alrededor de una acción que le sirve de núcleo? ¿Es un cuadro de costumbres en que las situaciones que se suceden son meros pretextos para cambiar de punto de vista? (*La Nación*, 26 de enero de 1890: 2)

Esta perplejidad inicial es reiterada, con pocos matices, en la mayor parte de los comentarios publicados. En una de las cartas que publicó *La Prensa*, Eduardo Sáenz sintetiza la opinión que atravesaría la crítica posterior:

Desde luego noto en *Irresponsable*, la falta de los caracteres comunes a la novela contemporánea. No hay intriga porque no pueden formarla un mismo personaje y un solo recorte dramático puesto en juego.

Sin carecer de plan, en cuanto al fondo, en la forma deja a menudo de tenerlo y hasta se aparta de esa regla para disertar sobre puntos y cosas que no están lógicamente vinculados a las necesidades de la acción y al fin propio que ella persigue. (1 de febrero de 1890)

Fondo y forma -fondo científico y forma literaria, en la época- ponían en juego estrategias de lectura diferentes y los comentarios registrados dan cuenta de esta lectura problemática. Veinte días más tarde, Norberto Piñero también señala su extrañeza: “He leído su curioso libro *Irresponsable*”, dice Piñero en la carta que inicia el debate que sostendría con Podestá. “¿Curioso? Sí, a desigño le aplico este calificativo. No es un cuento, no es la reproducción o la pintura de la vida estudiantil del autor, no es un libro puramente descriptivo, aunque abundan en él las descripciones, ni es tampoco una obra de índole y de estructura esencialmente científicas.” Pero, “sin duda”, concluye, “es un trabajo literario” y “si fuera preciso clasificarlo, debería incluirse en el género novela”. Esta enumeración negativa configura un repertorio probable de los géneros y tipos literarios legibles, hacia 1890, en la ciudad de Buenos Aires. Apenas un año antes, en 1888, Joaquín V. González se preguntaba, inclusive, si existía, no una novela, sino “una vida intelectual” en Argentina. Los avatares de un espacio literario que permitía aún dudar de su existencia; integrado por escritores no profesionales, que escribían para los amigos u ocultaban “su trato con las musas”; y de otros que -como el *hombre de los imanes*- temían “volverse de nuevo poeta y que las frivolidades de su pensamiento lo[s] ataran con sus redes sutiles y tentadoras” (Podestá 1889: 82), habrían abonado el desconcierto generado por *Irresponsable*, en un momento en que la novela no había alcanzado grado alguno de formalización genérica. No es extraño, entonces, que, con las excepciones de José María Ramos Mejía, quien encontró en la novela un estilo comparable a *Madame Bovary*, y de Cándido Perdighones [seudónimo de Gabriel Cantilo], quien sólo cuestionó elecciones de orden lingüístico y de estilo, el resto de los co-

mentaristas dudara de la ubicación de *Irresponsable* en el horizonte literario conocido. Podestá, sin embargo, no contestó estos últimos comentarios originados en los aspectos *literarios* de su novela. Sostuvo, en cambio, una intensa polémica sobre el soporte científico de su personaje, pues es evidente que habría sido este sostén, y no sus innovaciones literarias, lo que habría provocado la reacción de sus contemporáneos. De hecho, tanto el tema como la estructura narrativa del caso del *hombre de los imanes* no difería en mucho de otras producciones del período. Sin embargo, sus lectores enfatizaron la *curiosidad* de la novela, en relación con el resto de la producción literaria conocida. La curiosa diferencia habría residido en que el libro de Podestá fue leído como una respuesta polémica a las teorías sobre el origen étnico y racial de la degeneración hereditaria que circulaban en la ciudad de Buenos Aires, y que, si bien ya habían sido ficcionalizadas anteriormente con notable éxito de público, sólo se habían encarnado en personajes marginales -gauchos o inmigrantes pobres-. El caso protagónico de la novela de Podestá, en cambio, no era el de un intruso en el orden de la elite como habían sido los casos presentados antes por Antonio Argerich (1884) o Eugenio Cambaceres (1887), sino que es el caso de uno de sus miembros. Uno que, como todos los *gentlemen*, conoció los exámenes de latín en el Colegio Nacional, el anfiteatro de la Facultad, los paseos de la calle Florida y los discursos en el comité. No hay huella étnica alguna en la descripción del *hombre de los imanes*, sólo rasgos de inadecuación social, de *irresponsabilidad* frente a las obligaciones que debía de enfrentar el grupo dirigente. Hugo Vezzetti ha sugerido que “a la pregunta contenida en el título de la novela de Argerich [¿Inocentes o culpables?] Podestá viene a dar una respuesta tajante, en términos de un determi-

nismo ciego e inescrutable que, quizás, exprese el modo -amenazado y defensivo- con que una elite social y política asiste al movimiento irrefutable y plebeyo que está cambiando el mundo bajo sus ojos.” (1989: 573). Sin embargo, a partir del análisis del enfrentamiento verbal entre Piñero y Podestá -muy similar, por cierto, al que este último mantuvo también con Emilio A. Coni- parecería conveniente reconsiderar la homogeneidad del grupo letrado. También David Viñas unió las “figuras de la élite roquista: García Mérou, Luis María Drago, Manuel Podestá, Ramos Mejía” en torno de la imagen de “«El Cuero» y la *ville lumière*”, junto a las de los protagonistas: Cambaceres, Cané, Pellegrini, Daireaux y el perito Moreno (1982: 227-8)¹⁶. Pero, si bien “todos estaban allí”, como dice Viñas, y todos narraban casos de enfermedades que se portaban en la sangre, síntomas de degeneración moral y social, la encarnadura material y simbólica de estos casos parece haber generado más de un conflicto sobre prácticas profesionales que implicaban diferencias ideológicas en el grupo de la élite¹⁷. Habría que considerar entonces las diferencias y matices en el seno de esa misma aristocracia que, como ya se observó en relación con Podestá, admitiría al menos ciertas divisiones de origen étnico. En este sentido, *Irresponsable* parecería mostrar, más que una respuesta tajante y defensiva a los movimientos plebeyos, “un conflicto entre la clase dirigente tradicional, la nueva burguesía y el estrato médico que surge alimentado por la inmigración” (Blengino 1990: 68). Como resume el *hombre de los imanes*, “él era un señor; sabía muchas cosas, había estudiado [medicina], era un hombre culto” (95). No pudo, sin embargo, seguir a los de su grupo y de su clase, ahora “ricos, encumbrados, felices” (92). Tampoco pudo seguir a su antiguo condiscípulo, quien, pobre en su origen, “se

había puesto de frente a la fortuna” (101). Menos aún, pudo ser como “esas pobres gentes que desfilaban ante sus ojos, contentas, fuertes, despreocupadas; que venían a una tierra extraña con la promesa halagadora de un bienestar que en la suya no había conseguido” (94-5). En este conflicto, se entrecruzan aspectos tan diversos como la política migratoria estatal, la institucionalización de los estudios y los servicios médicos, o la repercusión de las teorías metropolitanas sobre herencia y degeneración, en un espacio que enfrentaba vertiginosos cambios urbanos, demográficos y sociales. La ficcionalización de estos conflictos, que implicaban también un debate sobre la configuración de una literatura nacional, habría contribuido a alentar las numerosas discusiones, tanto científicas como literarias, que sucedieron a la publicación de *Irresponsable*.

Notas

1 La frecuencia y la intensidad de las polémicas puede advertirse, por ejemplo, en la siguiente opinión de Leopoldo Lugones tras la publicación de *Las multitudes argentinas*: “... siendo nuestro carácter nacional un poco agresivo en esto de polémicas, quien se ve en el doloroso trance de sustentarlas, suele andar, mientras el asunto transcurre, en molesta espera de posibles ataques.” (Carta dirigida a Luis Agote en la polémica suscitada en 1899 a partir de la publicación de *Las multitudes argentinas* de José M. Ramos Mejía).

2 Me refiero a la investigación sobre *Las estrategias científicistas en la literatura argentina*, que realicé como Investigadora Asistente de María Teresa Gramuglio en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina.

3 La posición de José María Ramos Mejía en el espacio cultural de la época ha sido analizada, desde diferentes puntos de vista, en varios trabajos de la última década. (Biagini 1985; Alfieri 1987; Sales-

si 1995, entre otros). Menos conocida es la figura de Norberto Piñero. Según los datos recogidos en diversas fuentes, Norberto Piñero (1858-1938) fue docente, diplomático y financista al mismo tiempo que reconocido penalista. Autor del proyecto de creación de la Facultad de Filosofía y Letras, fue su primer vicedecano y, en 1914, presidió el Primer Congreso Penitenciario del país. Respecto de su relación con Podestá, interesa señalar que Piñero era hermano del médico Antonio F. Piñero -médico del general Mitre en su última enfermedad-, y amigo de Podestá. El capítulo "Era su destino" de *Irresponsable* lleva la dedicatoria: "A mi amigo el Dr. Antonio F. Piñero" y Alberto Blasi recuerda cómo "el Dr. Piñero, valido de los derechos que acuerda la amistad se apoderó de sus papeles [sobre los conventillos de la Boca] y «sin oír razones, se los llevó a Emilio Mitre»" para que los publicara. (1976: 61). La biografía de Norberto Piñero fue publicada por Rodolfo Rivarola, en 1921, en ocasión de la candidatura del primero a la presidencia de la Nación.

4 Cfr. Zuccarini 1910: 304. Otros detalles de la biografía de Podestá pueden consultarse en los trabajos que le dedicó Alberto Blasi (1962; 1976; 1980) y en la tesis de doctorado de Ana María García, *Obra del Dr. Manuel T. Podestá* (Buenos Aires, Inédita, 1986).

5 Mario Nascimbene ha descripto y documentado la trama de relaciones políticas y económicas que dieron origen a las primeras sociedades italianas en la Argentina (1986: 39-54).

6 "En 1873, Podestá, alumno de segundo año, tuvo por compañeros a Emilio Coni, Telémaco Susini, Eduardo Holmberg, Teófilo Pietrarena, José María Ramos Mejía, entre los que luego fueron de mayor notoriedad. En primero revistaba Luis Güemes; Enrique del Arca en tercero, Pedro N. Arata en cuarto." (Blasi 1976, nota 7: 73-4)

7 Unos años más tarde, Manuel Gálvez recuerda: "hablé en la calle muchas veces con Manuel Podestá, el novelista de *Irreparable* [sic] y *Alma de niña*. Era altísimo, delgado, de talle muy corto, piernas y brazos largos, cabeza blanca, gruesos bigotes canosos, cuerpo redondeado, cabeza y rostro redondos y piel rosada. Risueño, juvenil, fino, bondadoso. Conocíasele más como médico que como escritor.

A pesar de que la biblioteca de *La Nación* publicó sus novelas, su nombre no llegó al gran público. Su prosa, no mala, parecía prosa de diletante.” (1904: 211).

8 Cfr. “Higiene de los niños”, *Ciencias, artes y letras* I (1879): 338; *Memorie a cenni clinici* (Buenos Aires: La Patria Italiana, 1884); *Niños. Estudio médico social* (Buenos Aires: La Patria Italiana, 1888); “Higiene de la infancia”, *Higiene infantil* I (1892): 4; “Alimentación del niño”, *Anales del Patronato de la Infancia* 2 (1893): 457.

9 Cfr. el artículo que publicará *Saber y Tiempo* 7 (mayo 1999): “Diferencias étnicas en los orígenes del higienismo argentino” [en prensa].

10 Huertas García-Alejo ha dedicado varios estudios al análisis de la repercusión de la teoría de Morel en el ámbito científico y en la literatura de Emile Zola. Entre otros, su tesis de doctorado sobre *Medicina y ciencia en el naturalismo literario de E. Zola* (1985). En la ciudad de Buenos Aires, no puede obviarse la impronta moreliana en *¡Inocentes o culpables?* de Antonio Argerich (1884) y *En la sangre* de Eugenio Cambaceres (1887), entre los antecedentes más notables.

11 *La Nación*, 8 de marzo de 1890: 1.

12 Daniel Pick ha dedicado un apartado completo de su estudio sobre la degeneración a reseñar el debate entre los dos grupos nacionales -franceses e italianos-, en los dos primeros congresos de antropología criminal, realizados en 1885 y 1887. (1989: 139-152).

13 En torno del grado de contemporaneidad entre las discusiones científicas europeas y las rioplatenses, obsérvese que el Congreso se había realizado en el mes de agosto de ese año, y que las *Actes du deuxième congrès international d'anthropologie criminelle, biologie et sociologie* serían publicadas, en París, un año después de este debate, en 1890. Quizá haya que recordar lo descrito por Emilio Daireaux, en su *Vida y costumbres en el Plata*: “...los libros de derecho, medicina y ciencias aplicadas, apenas impresos, llegan [a

Buenos Aires] en grandes proporciones, enviados por los editores de París que saben cuentan en el Plata con un público ávido de todas las novedades, que desea conocer todas las nuevas teorías y sus más recientes aplicaciones” (1888: 106-7. Citado en Arrieta 1955: 160).

14 “Le milieu social est le bouillon de culture de la criminalité; le microbe c’est le criminel, un élément qui n’a d’importance que le jour où il trouve le bouillon qui le fait fermenter” (Lacassagne, *Actes du premier congrès international d’anthropologie criminelle, biologie et sociologie*, Turín, 1886-7, p. 166. Citado en Pick 1989: 140, nota 92).

15 Otro Piñero -Horacio- asumió su difusión pero, según consta en el discurso pronunciado por Miguel Cané en 1919 en la Facultad de Filosofía y Letras, su aceptación institucional fue un proceso más dilatado y complejo de lo que sus apologistas parecen haber reconocido.

16 David Viñas ha trazado las coordenadas sociales y topográficas del grupo hegemónico: «Todos estábamos allí», dice Miguel Cané hablando de la generación del 1880 que había estudiado en el Colegio Nacional de Buenos Aires. «Todos nos encontrábamos ahí», comenta Carlos Pellegrini refiriéndose al apogeo del roquismo en el Desierto de 1879. «Todos teníamos un *gayego* en la puerta y una *chinita* como peona de patio para cebar el mate», escribe Eugenio Cambaceres.

Y si en 1880 Moreno viaja a París para seguir cursos con Broca, Cambaceres también aparece por ahí tratando de ser recibido por Zola, Emilio Daireaux viendo de publicar en esa ciudad *La vie et les moeurs à La Plata* y Pellegrini asistiendo al Derby en Chantilly. «Todos estábamos en ese lugar», insiste Cané. Esos eran los distantes y complementarios «espacios de consagración» de la república conservadora: «El Cuero» y la *ville lumière*.

Y si el perito Moreno reconoce, por un lado, a Juan María Gutiérrez -un hombre de la generación fundadora de Alberdi y Sarmiento- como su «maestro de ciencias», lo mismo le ocurre a las otras figuras de la élite roquista: García Mérou, Luis María Drago, Manuel Podestá, Ramos Mejía.” (1982: 227-8).

17 En este sentido, cuando Josefina Ludmer habla de la “coalición cultural y literaria de 1880” y establece también que esta coalición es “homogénea en los lugares comunes del liberalismo, el positivismo, el Club del Progreso, el teatro Colón, la Recoleta y algunos carnavales”, se refiere a “las diversas versiones de los patricios” (Cané, López, Wilde, Mansilla, los hijos de los exiliados de Rosas y los nietos de la independencia” (Ludmer 1993: 9-40). Deja abierta, en cambio, la consideración de estos otros escritores -hijos de la primera generación inmigratoria- que, en el mismo período, compartían su práctica pública con el grupo de los patricios.

Obras citadas

- Alfieri, Teresa. *Una brecha en el umbral. Ciencia y literatura en Groussac y Ramos Mejía*. Buenos Aires: Losada, 1987.
- Argerich, Antonio. *¿Inocentes o culpables?.* 1884. Madrid: Hyspamérica, 1984.
- Hugo Biagini, comp. *El movimiento positivista argentino*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1985.
- Blasi, Alberto Oscar. “Los fundadores”. *Los Fundadores: Cambaceres, Martel, Sicardi*. Buenos Aires: Ministerio de Educación y Justicia, 1962.
- _____. “Manuel T. Podestá”. *Boletín de la Academia Argentina de Letras* 159-160 (1976): 55-89.
- _____. “Orígenes de la novela argentina: Manuel T. Podestá”. *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas*. Toronto: University of Toronto, 1980: 111-114.
- Cantilo, Gabriel [seud. Perdigones, Cándido]. “Confidencias epistolares. Pro-forma”. *La Nación* 9 febrero 1890, p. 1, c. 2-4.
- Coustau, Juan. “La antropología en la novela. A propósito de *Irresponsable*”. *La Nación* 1 febr. 1890, p. 1, c. 2-3.
- Gálvez, Manuel. *Recuerdos de la vida literaria*. Buenos Aires: Hachette, 1961.
- García, Ana María. *Obra del Dr. Manuel T. Podestá*. Buenos Aires: Facultad de Medicina, Tesis de doctorado inédita, 1986.

- Ingenieros, José. "La psicología en la República Argentina (1909)". 1910. Vezzetti, Hugo (comp.) *El nacimiento de la psicología en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur, 1988: 55-60.
- "Irresponsable por el Dr. Manuel T. Podestá". *La Nación* 26 enero 1890, p. 2, c. 2-3.
- "Irresponsable". *La Nación* 31 enero 1890, p. 1, c. 8.
- Ludmer, Josefina. "Introducción". Miguel Cané. *Juvenilia y otras páginas argentinas*. Buenos Aires: Austral, 1993: 9-40.
- Pick, Daniel. *Faces of Degeneration. A European Disorder, c. 1848 - c.1918*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.
- Piñero, M. [¿Norberto?] "Irresponsable". *La Nación* 25 febrero 1890, p. 1, c. 2-4.
- _____. "Contra-réplica. El hombre de los imanes". *La Nación* 16 marzo 1890, p. 1, c. 2-4.
- Podestá, Manuel. *Tendencia de la medicina moderna*. Tesis. Universidad de Buenos Aires: Facultad de Medicina, 1878.
- _____. *Niños. Estudio Médico-Social*. Buenos Aires: La Patria Italiana, 1888.
- _____. *Irresponsable. Recuerdos de la universidad*. Buenos Aires: Imprenta de la Tribuna Nacional, 1889.
- _____. "Del autor de *Irresponsable*. Quién es el "hombre de los imanes". Dentro de un cerebro. Psicología experimental." *La Nación* 8 marzo 1890, p. 1, c. 2-4.
- Rawson, Guillermo. *Estudio sobre las casas de inquilinato de Buenos Aires*. 1884. Buenos Aires: Jackson, 1953.
- Rivarola, Rodolfo. *El Dr. Norberto Piñero. Candidato a la Presidencia de la República Argentina para el período de 1922-1928*. Buenos Aires: A. de Martino, 1921.
- Salessi, Jorge. *Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina. (Buenos Aires: 1871-1914)*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1995.
- Sabato, Hilda y Ema Cibotti. "Hacer política en Buenos Aires: los italianos en la escena pública porteña 1820-1880". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"* Tercera serie. 2 (primer semestre 1990): 7-46.

- Sáenz, Eduardo. "Irresponsable". *La Prensa* 1 febrero 1890, p. 5, c. 6-7 y p. 6, c.1.
- Vezzetti, Hugo. "Literatura médica: disciplina científica y moralización ciudadana en el 80". *Historia Ideológica del Control Social (España-Argentina, siglo XIX y XX)*. Coords. Raúl Bergalli y Enrique Mari. Barcelona: P.P.U., 1989: 549-573.
- Viñas, David. *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires: Sudamericana, 1983.
- Zuccarini, Emilio. *Il lavoro degli Italiani nella Repubblica Argentina dal 1516 al 1910*. Buenos Aires: La Patria degli Italiani, 1910.